

## JOSÉ CEBALLOS MALDONADO (1919-1995), *IN MEMORIAM*

**Por: Héctor Ceballos Garibay**

Eran las nueve de la mañana del viernes 3 de marzo. El teléfono repiqueteó con inusual insistencia, como presagiando una infausta noticia. Desde Uruapan, una voz apenas audible me alertó: “Tu padre entró en estado de coma y morirá en cualquier momento”. Preso de tribulaciones, anuncié mi partida inmediata y preparé lo indispensable. En lugar de dirigirme a la universidad, encaminé mis pasos, todavía demudado, hacia el inexorable encuentro con el rostro de la muerte.

Dos horas más tarde, en un autobús semivacío y de segunda clase, dejé atrás la algarabía de la ciudad. La exuberante vegetación de las colinas y los prados que conformaban el paisaje, contrastaba dolorosamente con la gravedad de su enfermedad: un adenocarcinoma pulmonar en su fase conclusiva.

Acaso habrían pasado un par de horas de viaje. El hambre me estrujaba el estómago. Queriendo evadir la incertidumbre, comencé una pausada reflexión: “¿Quién es, o quién fue, –me preguntaba- José Ceballos Maldonado?” La respuesta se fue tejiendo con fluidez y pronto apareció, nítidamente, el hombre polifacético: vi al médico pediatra (que paradójicamente detestaba la presencia de los niños); observé al profesor de Historia Universal y de Historia del Arte; advertí al improvisado empresario que no sólo fue uno de los pioneros en el cultivo del aguacate en Uruapan, sino que también se dio a la tarea de construir uno de los más importantes centros turísticos de la región, el Motel Pie de la Sierra, con el propósito de ganar suficiente dinero para viajar año tras año a Europa (y así poder incrementar su vasta colección de diapositivas que aún conservan el aura de las mejores pinacotecas); y, por sobre sus variadas facetas, visualicé al escritor hedonista, al narrador nato que con fruición y sutileza escruta el alma de sus personajes literarios.

Cerca de las dos de la tarde, cuando el sueño ya casi me vencía, el autobús se detuvo frente a uno de esos pintorescos comedores que alivian la sed y el apetito de los viajeros. “Tienen una hora para comer”, gritó presuroso el chofer. Tiempo suficiente - pensé- para escribir, a vuelo de pájaro, algunos apuntes sobre la obra de mi padre: 1) *Blas Ojeda* (1964) fue un libro de cuentos que causó escándalo en Uruapan. Algunos de sus paisanos se pusieron el saco y montaron en cólera contra el escritor de esas narraciones que, con lenguaje directo y coloquial, retrataba fiel y descarnadamente las hipocresías sexuales y los atavismos culturales prototípicos del microcosmos provinciano. 2) *Bajo la piel* (1966) se convirtió en su primera novela, y en ella se describen las entretelas de la frigidez femenina y del tedio matrimonial, así como la presencia siempre seductora y recurrente del adulterio. 3) *Después de todo* (1969) es, según la crítica especializada, su mejor libro. En esta novela –precursora de la literatura *gay*- se narra la historia de un homosexual que, asumiendo plenamente su preferencia erótica, se enfrenta a la mojigatería y a la homofobia prevalecientes en la provincia

mexicana de mediados del siglo XX. 4) En *Del amor y otras intoxicaciones* (1974), así como en sus cuentos inéditos, el escritor nos brinda pequeñas piezas literarias que prosiguen la indagación psicológica del enigmático mundo de la conducta sexual humana: el *voyeurismo*, el onanismo, la represión de la libido, etcétera. 5) *El demonio apacible* (1985) trata de las relaciones eróticas de un profesor añoso con sus alumnas preparatorianas, y no hay duda que detrás de su aparente simplicidad argumental se esconde una mirada hipercrítica a la sociedad contemporánea que, por un lado, fomenta una sexualidad vanalizada y fetichista, y, por el otro, propicia una “liberación” erótica engañosa cuyo desenlace es el vacío existencial. 6) *Fuga a ciegas* fue su última novela. En ella se aborda la neurosis de un individuo profundamente trastornado por la soledad, quien pretende, recurriendo a una sexualidad ilimitada, huir de sus obsesivas fantasías suicidas.

Al dejar atrás Morelia, tan entrañable para él, sobrevino la nostalgia y me estremecí con el recuerdo de sus ojos verdes, siempre inquisitivos y delatadores, siempre ávidos de llenarse de mundo en aquellas jornadas turísticas cuando pleno de vigor y sensibilidad se extasiaba ante el *Retablo de Isenheim*, la catedral de Chartres o el tríptico de *El jardín de las delicias*. Súbitamente, a manera de latigazo inefable, estas cavilaciones me hicieron caer en la cuenta de que será difícil, quizá imposible, resignarme a su ausencia.

Es verdad que no me duele tanto perder al padre, como sí me atormenta la inminente desaparición del amigo, del confidente alerta y sincero. Nunca más volverá a contarme sus cuitas, sus derrotas y victorias; ya jamás le tendrá miedo a perder su vitalidad ni temor a padecer el lento sucumbir de su espíritu creativo; ya no, por suerte, se espantará con la muerte, porque lleva dos meses vislumbrándola, reconociéndose, mueca tras mueca, en ese espejo donde se refleja el silencio.

Fue como un bálsamo el contemplar a lo lejos la ribera del lago de Pátzcuaro. Con absoluta serenidad reflexioné que era más aleccionadora la experiencia de tener un padre contradictorio, contrastante en sus defectos y virtudes, que si de él hubiera tenido la imagen de un ser cuasi-perfecto, impoluto. No hay duda, sin embargo, que me fue difícil romper el cordón umbilical, desmitificarlo, verlo en toda su compleja ambigüedad moral. Por un lado, su excesivo amor propio; la facilidad con la cual convertía su enorme autoridad en autoritarismo; y aquella extraña compulsión por ahorrar dinero, una obsesión que algunas veces se trasmutaba en franca avaricia.

Del otro lado, en el sitial de los hechos y las actitudes bienaventuradas, la lista se alargaba: su devoción por el arte y la literatura (particular pleitesía le rendía a genios como el Giotto, Stendhal, Munch y J. Dos Passos); su repudio a la haraganería, al esnobismo y a las mafias culturales; su notable capacidad como arquitecto autodidacta, plasmada en la construcción y el diseño, en estilo colonial mexicano y con elementos decorativos regionales, de varias casas, un motel y un hotel; y, finalmente, debo subrayar su loable vocación de servicio a la comunidad (fue fundador y presidente de la Cruz Roja de Uruapan), así como su posición política progresista y a favor de la justicia

social. Ciertamente, su ejemplo como hombre de bien, que se hizo a sí mismo, desde abajo y con espíritu inquebrantable, constituye uno de sus legados más notables.

A punto de llegar, observé cómo la luz tenue del sol se refractaba sobre las colinas que circundan Uruapan. La cercanía del terruño y el efecto sutil de la atardecida reavivaron en mi memoria la voz de mi padre, esa imagen reiterativa de su cuerpo avasallado por la enfermedad y sacrificado por los estragos de la vida hospitalaria. Sus últimas palabras, antes de abandonar el sanatorio, las recuerdo con claridad: “Deseo practicar la eutanasia, dejar de sufrir esta agonía, y contribuir con mi muerte a que se reconozcan las bondades de esta solución, tan drástica pero tan racional y humana”.

Cerca de las siete de la tarde, el autobús se detuvo en la terminal. Alquilar el taxi y cruzar la ciudad ahuyentó de mi mente cualquier clase de cavilación sobre lo que en casa me aguardaba. Algunos familiares me recibieron en la puerta; había preocupación en sus rostros. Sin mayores preámbulos, acudí a la última cita con mi padre. Lo encontré dormido; llevaba dos días en total inconsciencia. Tomé sus manos y comencé a hablarle al oído. De pronto, gracias a una confluencia azarosa de circunstancias, nos quedamos solos en la habitación. Él y yo. ¡Libres, sin testigos! Cosas muy nuestras le dije. También mencioné la próxima aparición de su *Obra completa* e igualmente le comenté de los preparativos para la donación de los diez mil libros de su biblioteca que deseaba regalar al pueblo de Uruapan. Absorto en mis confesiones y promesas, tardé en percibir que apretaba mi mano, que escuchaba y asentía al significado de mis palabras. Un destello de lucidez emergió de su mente y, antes de caer en un coma profundo, todavía alcanzó a reiterar por escrito (el cáncer le había quitado el habla) su deseo de morir. Quizá fue la misteriosa fuerza del afecto compartido lo que explica ese súbito despertar postrero. Me esperó a la hora final. Por mi parte, conseguí infundirle tranquilidad y bienestar en su pausado trance hacia la muerte.

A las diez cuarenta y cinco de la noche, sin demasiados sufrimientos, se fugó del tiempo. Entre sus notas del Diario que escribió en las aciagas jornadas que pasó en el hospital, sobresalen las reflexiones de un hombre satisfecho de sí mismo y profundamente agradecido con la vida. En una hoja suelta de esos apuntes encontré un mensaje que concibió y eligió como epitafio. Se trata de un texto breve y diáfano que lo retrata de cuerpo entero: “La existencia es un prodigio a condición de llenarla con una labor que deje huella, aunque sea mínima. De lo contrario se habrá pasado la vida como sombra, como nada”.

A 12 de marzo de 1995, Sés Jarhání, Uruapan, Mich.